

Fuente: El Correo Digital

Fecha: 20 de septiembre de 2009

Título: Mujeres mercenarias

Link: <http://www.elcorreodigital.com/vizcaya/20090920/vizcaya/mujeres-mercenarias-20090920.html>

Mujeres mercenarias

La leche materna fue considerada por muchos médicos de la época como una de las armas más eficaces para **luchar contra las altas tasas de mortalidad infantil** que sufría Bilbao a finales del siglo XX

20.09.09 - IMANOL VILLA | BILBAO

Las nodrizas fueron auténticas madres de recambio demandadas por las clases altas. /E. C. En 1880, la esperanza de vida de un recién nacido bilbaíno -según estudios de los doctores Villanueva Edo y Gondra Rezola- era de 25 años.



De superar el primer año de existencia, se podía llegar a los 37; a los 43, de culminarse el segundo y a los 47 si se cumplían con éxito los tres años. «Solamente la mitad de los nacidos en Bilbao - señalan los citados doctores-, llegaba a los 25 años y los 70 sólo los alcanzaba la décima parte». Estos datos se correspondían, de manera dramática, con unas tasas de mortalidad infantil espeluznantes que se situaron, durante la segunda

mitad del siglo XIX, entre el 35% y el 40%.

Indudablemente, Bilbao imponía duras condiciones de vida a sus ciudadanos. Retos vitales ante los cuales muchos, demasiados, sucumbían. Las enfermedades respiratorias, las derivadas del sistema nervioso, las del aparato digestivo, la tuberculosis y las infecciosas en general, formaban un ramillete mortal ante el que era fácil rendirse. Obviamente, las condiciones de hacinamiento en las que se hallaba la voluminosa clase obrera incidían, de forma importante, en tan espeluznantes cifras.

Sabios consejos

Las elevadas cifras de mortalidad infantil y la preocupante incidencia que sobre ellas tenían las enfermedades infecciosas, llevaron a una parte de los médicos y científicos, conocidos como higienistas, a diseñar estrategias que hicieron hincapié en la necesidad de adquirir hábitos de vida en los que la limpieza ocupara un lugar primordial. Los frentes de lucha fueron muchos. Por un lado, era imperioso presionar a las instituciones, sobre todo a las municipales, para que atendieran convenientemente las áreas más desfavorecidas de la villa. Pero, al mismo tiempo, no era menos importante que los ciudadanos en general se tomaran en serio los consejos que se les daba. Una correcta alimentación, la limpieza de las habitaciones, su ventilación, la buena conservación de la ropa y un comportamiento más cercano a la moral, formaron parte de aquellos sabios consejos aunque, en muchos casos -

cosa que también tuvieron en cuenta-, eso no era suficiente. Y es que no eran pocos los que tenían la certeza de que la mejora de la vida de la clase obrera no dependía en exclusiva de que se gastaran más o menos en jabón o de que se cambiaran de ropa más a menudo.

Una parte nada desdeñable de la actuación se centró en la atención de los recién nacidos. No sólo había que cuidar el embarazo sino que los primeros años de vida de un niño eran fundamentales, por lo que no se podía perder ni un momento. Reducir las altas tasas de mortalidad infantil era un objetivo prioritario. Por eso, se consideraba que una de las piezas claves de supervivencia durante las primeras semanas del bebé era el amamantamiento ya que, según señaló el doctor José Gil y Fresno en su tratado sobre la 'Higiene física y moral del bilbaíno', «es lo que más importa al porvenir del niño; sus fuerzas, su salud, su vida, dependen de él; es por decirlo así, una gestación continua». Y para que así fuera, la madre debía de haber cumplido con unas normas básicas resumidas en limpieza, descanso y buenos alimentos. De lo contrario, «si es débil, vive llena de pesares, padece escrófulas, herpes, sífilis u otra discrasia, se alimenta mal o habita un local húmedo y nada soleado», no le quedaba más remedio que entregar su hijo a una «mujer mercenaria», es decir, a una nodriza, mil veces preferible a recurrir a la leche artificial pues estaba demostrado que la mortalidad en ese caso era mayor.

Tamaño de los pechos

De todos modos, la mayor parte de los médicos desaconsejaban la entrega de los niños a una mujer extraña. Era necesario hacer todo lo posible para que fuera la propia madre la que amamantara al niño. Incluso, en los casos en los que ésta sufriera de tuberculosis, merecía la pena arriesgarse. En este supuesto, Gil Fresno proponía «a la madre que amamante por algún tiempo un perrito; de este modo promoverá la excitación necesaria de la glándula mamaria, al mismo tiempo que el estado cloro-anémico sin que el niño experimente las consecuencias de una mala leche». Aún así, si no quedara más remedio que entregar la criatura a una nodriza para que lo amamantase, la elección de ésta habría de someterse a una serie de condiciones. La mujer en cuestión habría de ser robusta, bien formada, totalmente sana y de entre 22 y 30 años. El tamaño de sus pechos no era importante ya que estaba demostrado que no por tenerlas más grandes... Eran preferibles las delgadas, morenas, de buenos ojos y pechos poco voluminosos.

Tampoco estaba de más recabar información sobre el marido de la candidata, ya que en el caso de que éste fuera un vicioso o la «hiciera sufrir» -discreta alusión a los maltratos de la época-, la leche no tendría la calidad deseable. Las mejores candidatas, sin duda alguna, eran las mujeres del campo, más acostumbradas al trabajo duro que las de la ciudad.

Pero eso no era suficiente. La condición más importante residía en la calidad de su leche. Ésta debía de ser, en palabras de Gil y Fresno, «abundante, inodora, de sabor dulce, bastante consistente, para que colocada en una cuchara inclinada se sostenga formando gotas». Y, por supuesto, una mujer tan lozana, sana y hermosa habría de ser sometida a vigilancia constante, porque de todos era sabido que más de una se había visto forzada a regresar a su pueblo «con un hijo ilegítimo en sus entrañas».